

LUIS
JOCHAMOWITZ

RAFAELLA
LEÓN

DÍAS CONTADOS

Lucha, derrota y resistencia
del Perú en pandemia



LUIS
JOCHAMOWITZ

RAFAELLA
LEÓN

DÍAS CONTADOS

Lucha, derrota y resistencia
del Perú en pandemia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

La editorial no se hace responsable por la información brindada por los autores en este libro.

Días contados

© 2021, Luis Jochamowitz /Rafaella León

Editor: Joseph Zárate

Fotografía de portada: «Guerreras con escobas» de Denis Mayhua.

Primer lugar del concurso El Mundo desde mi Ventana (2021), organizado por la Unión Europea en el Perú.

Retrato de Luis Jochamowitz: César Francis

Retrato de Rafaella León: Richard Hirano

Corrección de estilo: Leila Samán

Diseño de portada: Departamento de diseño de Editorial Planeta Perú

Diseño de interiores: Giancarlo Salinas Naiza

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Perú S. A.

Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: julio 2021

Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-612-319-622-6

Registro de Proyecto Editorial: 31501202100052

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-01565

Impreso en Anibal Paredes Editor S. A. C.

Jr. Dávalos Lissón N.º 135 – Oficina 201, Cercado de Lima

Lima – Perú, julio 2021

*A los futuros hijos de los niños y niñas del Perú de nuestros días,
con la esperanza que sus vidas serán mejores
que las de sus padres.*

Índice

Declaración necesaria	9
1. Desde un lejano lugar del mundo	17
2. 120 horas	41
De cómo el papa y el arzobispo de Lima conversan en el Vaticano mientras la peste toca la puerta.....	55
3. El presidente confinado	59
Día 28. El virus llegó caminando.....	84
4. El juego de la gallina ciega.....	91
5. Víctor, el rojo	113
De cómo se recogían los muertos y cuál era su destino cuando se cerraba la bolsa negra	124
6. La agonía de los bonos.....	127
Día 36. Se cierran los ríos	141
7. Los crímenes de Loreto	145

8. Una muchacha en aprietos	179
De cómo el monstruo sigue allí cuando despiertas	192
9. La carrera de las camas	197
Día 77. Nadie sabe nada	220
10. Retrato plácido de Pilar Mazzetti	227
11. Los números que no se podían contar.....	239
Día 107. Banderas blancas.....	269
12. Líos de gabinete.....	277
13. Oxigenocidio	297
Día 126. El comerciante honrado.....	329
14. El gran cansancio.....	335
15. Jeringas	345
16. Los últimos días.....	357

Declaración necesaria

La preparación de este libro comenzó en abril del 2020. Nos propusimos escribir una crónica política y sanitaria sobre los primeros meses de la pandemia, fijamos el mes de julio como límite temporal de la investigación, lo terminaríamos a fin de año. Sería un libro de emergencia, ¡estaban sucediendo tantas cosas! Todo lo que viniera después de julio quedaría fuera del relato, nosotros no volveríamos a intentar algo tan insensato como contar una pandemia que recién comienza. Estábamos —como todos— profundamente equivocados, pero nos lanzamos a la tarea llenos de ilusión, casi con furia. Lo único bueno de estar equivocado es que en ese momento uno no lo sabe.

Era abril del 2020, los días en que Martín Vizcarra salía a diario en la televisión. Por un instante pareció posible encontrar una salida relativamente benigna en medio de la emergencia en pleno desarrollo. El aire sobre las ciudades se había limpiado en unos pocos días, la naturaleza regresaba, los hombres y mujeres del mundo, encerrados en sus casas, conocían lo que los jesuitas llamarían espíritu de contrición y enmienda. ¿Y si el Perú lograba hacer frente a la tormenta que se acercaba? ¿Qué salto hacia adelante podría esconder esta sorpresiva crisis? La ilusión no podía durar demasiado tiempo.

Abril era solo un deseo; ya en mayo y junio era claro que, en realidad, no había forma de salvar el pellejo: el virus nos barrería. Pero aún se aguardaba la ilusión de asistir a una lucha sostenida, llena de errores, sin duda, pero que se irían corrigiendo conforme fuéramos aprendiendo en la experiencia. Como en tantas cosas, estábamos equivocados otra vez.

Hacia julio el ánimo era diferente. Las líneas de la investigación sanitaria (pruebas, rastreo, equipamiento, oxígeno; apenas se hablaba entonces de vacunas) y los frentes de la política (bonos, organización, comunicación, oposición, liderazgo) mostraban simultáneos y sucesivos fracasos. Como explicó una carta pública, la situación inicial desde la que se había partido era mala, pero la respuesta era inferior aun a la que se podía esperar. Lo malo se convertía en pésimo. No estábamos frente a una historia épica de médicos y políticos, sería un relato amargo y desolador. Pero ni siquiera entonces podíamos imaginar la magnitud del derrumbe que ocurriría en los siguientes meses. Aprendimos duramente con la experiencia, y no obstante, por eso mismo, seguimos sosteniendo los sentimientos con los que nos lanzamos a relatar la pandemia. Nadie podrá culparnos de frialdad cuando todo ardía, de complacencia ante la mediocridad, o de traficar políticamente con una gran tragedia colectiva.

Pero todo eso vendría después, en el amargo final que no cesa. Al principio estábamos poseídos por un sentido de la urgencia que nunca antes habíamos conocido. Sucedían demasiadas cosas en el mundo, en el Perú, en nuestras vidas (nada queda fuera de la pandemia), que sentíamos la necesidad de hacer lo único que podíamos: escribir un relato lo más claro, vivo y verídico posible de lo que ocurría. No podíamos comprender aún que era la historia más difícil y arrolladora que encontraríamos en nuestras vidas, una historia que apenas se podrá comenzar a contar cuando todo haya terminado, que abarca más de lo que los conocimientos, las emociones o la imaginación actual alcanzan a considerar. Y que, sin embargo, era imprescindible escribir.

Nuestro impulso era también un acto de salvación personal. Durante los largos meses de confinamiento sentimos que teníamos un propósito y nos sujetamos a él. Pero también fuimos comprendiendo que estábamos construyendo una balsa para lanzar al mar, cuando todo naufragaba. Las historias escritas hacen su parte en la emergencia, ordenan el caos dándole sentido, pueden documentar el mal y detenerse ante la virtud, que a veces no es escasa. Permiten comprender y aprender, son necesarias. Las palabras pueden incluso convertir una derrota completa en una victoria secreta que solo el tiempo dejará apreciar, una depuración por medio de la realidad y su reconocimiento, por muy doloroso que sea. La pandemia nos puso a prueba y mostró, bajo la nueva luz que solo las grandes tragedias pueden proyectar, el estado preciso de la colectividad que somos, la imposible, la recóndita República del Perú que marcha entre abismos hacia su soñado destino. Por eso también escribimos este libro.

Somos conscientes de nuestras limitaciones, ¿alguien acaso puede comprender realmente una pandemia? Llegamos después que los reporteros, que todo lo ven aunque no lo observan, pero antes que los historiadores, que necesitarán años para comenzar a ordenar lo que es puro caos. Es la tierra de nadie, cuando los hechos acaban de ocurrir, pero todavía no han sido contados y a veces faltan las palabras para describirlos. Insistimos usando los viejos instrumentos de la crónica: la entrevista, la observación, la lectura, la revisión de los archivos, la experiencia vivida, propia y ajena, el recuerdo directo o escuchado, la imaginación del recuerdo, el afecto y la ira, la crítica y la compasión. Solo la pandemia es perfecta, su relato es aproximado, a veces, confuso y hasta deforme. Con el paso del tiempo se escribirán libros más completos y exactos. Aspiramos, sin embargo, a que este sea el más urgente.

Perseguimos la crónica política y sanitaria de la pandemia, aquella que transcurre donde se supone se concentran el conocimiento y la información para tomar decisiones que afectan a millones de

personas; es decir, el poder. El terreno ha sufrido enormes erosiones desde que todo comenzó, la política ha sido uno de los teatros de guerra más salvajes. De hecho, Martín Vizcarra es el único presidente latinoamericano caído en el estrés del primer año de la emergencia. No hemos buscado atacar o defender a nadie, aunque eso no siempre ha sido posible cuando se cruzan estos páramos. Hemos preferido siempre la contención en medio del griterío.

Lo último que quisiéramos, sin embargo, es que el lector encuentre aquí alguna razón para sentirse aplacado o en paz. Al contrario, queremos mostrar un desastre, un completo desastre, uno de tal magnitud que aquellos que ya vivieron al menos la mitad de sus vidas nunca recuperarán del todo lo que perdieron. Aunque, tal vez, las más duraderas cicatrices las llevarán los más jóvenes. La república de 200 años mostró sus infinitas carencias, todas sus ignorancias mutuas. El virus no solo arrasó los hospitales, también lo hizo con la vida colectiva y privada, la libertad y la movilidad de las personas, sus sentimientos, la economía, el trabajo, la política, el Estado y todo aquello que hasta ese momento cubría con piedad o hipocresía la realidad que somos. La COVID-19 royó nuestras apariencias con una eficacia pasmosa. Medidos por la realidad implacable de la crisis, trastabillamos y caímos. Estamos ahora, o deberíamos estar, en el momento del crujir de dientes.

Durante algunos meses, cuando bajó la marea alta de agosto del 2020, esa realidad nos estalló en la cara. Luego, lentamente, el tiempo hizo su trabajo; en verdad somos capaces de soportarlo todo. Por un momento pareció que ya habíamos pasado lo peor, pero la segunda ola y el desconocido futuro nos recordaron que no había escapatoria posible. La experiencia vivida supera nuestra lábil memoria. El tamaño del desastre es tan grande que, cuando termine, se necesitarán años para comprenderlo. Su resolución marcará nuestra existencia colectiva de modos que ahora no podemos anticipar. Y si, dentro de poco o mucho tiempo, la bicentenaria república colapsa bajo el peso de sus demasiadas fallas, se podrá decir sin exagerar que

esos meses —que comienzan con los idus de marzo del campal año del 2020— hicieron su parte.

* * *

Algunos momentos aquí descritos están sujetos a precisiones que se irán completando con el tiempo. Todo es verídico, sucedió en medio de la irrealidad vivida. La certeza, sin embargo, no es fruto de este tiempo. Es posible, incluso, que algunos de los supuestos básicos de la ciencia y la política bajo los cuales se escribió este libro sean revisados en el futuro. Lo que se creía errado puede resultar correcto. Lo contrario también es posible. La incertidumbre se ha convertido en nuestra regla.

Desde el principio supimos que el Perú era demasiado grande para nuestras fuerzas. Nos concentramos en Lima, que cargó con el mayor peso. Hicimos un aparte con Loreto, Iquitos en particular, que vivió temprana e intensamente su propia pandemia. En ella puede verse un modelo a escala exagerada de lo que iba a suceder en muchas ciudades, a veces, con meses de anticipación, ofreciendo unas lecciones que tampoco se aprovecharon. Cada rincón del Perú guarda su propia historia.

La frase ritual «este libro no habría podido ser escrito sin la colaboración de...» aquí es más justa que nunca. Con algunos de nuestros entrevistados hablamos una sola vez, a otros los buscamos repetidamente a lo largo de los meses, observando cómo la crisis modelaba sus opiniones y sus ánimos. Unos cuantos participaron con la condición del anonimato, perfiles bajos que estuvieron siempre dispuestos a ayudar. Algunas de las entrevistas resultaron aún más reveladoras cuando optamos por editarlas a modo de testimonios en primera persona, dejando que sus propias palabras expliquen un momento inexplicable. Por último, buena parte de las entrevistas se hicieron por internet. La pandemia no solo era el tema, también

proporcionaba el método. Fue una experiencia extraña e inolvidable reunir todas estas voces, mientras nos aislábamos. Investigar se convirtió en un ejercicio de soledad y búsqueda de comunidad. También en eso este libro es diferente.

Por eso, es una verdad rigurosa que nada habríamos podido hacer sin la participación, que agradecemos, de Maximiliano Aguiar, Lissette Aliaga, María Antonieta Alva, Luis Alberto Arias, Ragi Burhum, Rocío Barrios, Pedro Cateriano, Daniel Carbajal, Fernando Carbone, Lucía del Carpio, Vlado Castañeda, monseñor Carlos Castillo, Alberto Chirif, Augusto Cier, Luis Cordero, Emanuele Fabiano, Miguel Fuertes, Mesías Guevara, Harry Gordillo, Elmer Huerta, Desilú León, Abraham Levi, Manuel Loayza, Elizabeth Lozano, José Manuel Magallanes, Daniel Mancahuasi, Farid Matuk, Pilar Mazzetti, Percy Minaya, Fiorella Molinelli, Mirian Morales, Mónica Moreno, César Munayco, Fabiola Muñoz, Ricardo Parra, Yoice Pacori, Janeth Pinto, Raymond Portelli, Felipe Portocarrero, Pedro Ripalda, Carmen Roca, Victoria Rojas, Ana María Romero, Erick Romero, Maykol Romero, Steven Romero, Flor Ruiz, Óscar Ugarte, Fabiola Torres, Carolina Trivelli, Martín Vizcarra, Martín Yagui, Víctor Zamora y Nancy Zerpa.

Luis Jochamowitz | Rafaella León

Chorrillos, abril 2021